

mía, sino de mi raza. Mi juventud se ha quemado entera, como la retama mosaica, al borde del camino que España lleva por la Historia. Hoy puedo decirlo con orgullo y con verdad. Esos mis diez años jóvenes son místicos trojes henchidos sólo de angustias y esperanzas españolas...». No fue un caso único, porque desde los austeros jóvenes krausistas hasta los estudiantes barbudos que conspiraron contra el franquismo en las cafeterías universitarias, ser joven en España tuvo la sobrecarga moral de comprometerse con la dignificación de un país derrotado, que había perdido la educación, y que necesitaba encontrarla para pensar con esperanza en su futuro. En todas las épocas hay de todo: ni en los años sesenta todos los jóvenes eran antifranquistas, ni en los años noventa todos los jóvenes pasaban sus noches de viernes en las plazas del botellón. Pero alguna situaciones se convierten en síntoma de una época, y la irrupción de los botellones en la sacrificada piel de toro venía a representar una mutación antropológica que eximía a la juventud de su sobrecarga. España había cambiado, ya estaba en Europa, en la sociedad del bienestar avanzado, y no hacía falta sacrificar los días y las noches a favor de un futuro, que se había convertido de pronto en un presente inmediato. Ya se podía ser tan racista, tan solidario no gubernamental o tan abstencionista como en cualquier ciudad de Francia o de Alemania.

Pero ahora, como antes sugería, hay otro tipo de preocupaciones melancólicas, otras inquietudes. En medio de la celebración del consumo, en la fiesta del capitalismo avanzado, se insiste una y otra vez, con la misma intensidad que en los viejos tiempos del oprobio, en la crisis de la educación española y en las contradicciones de una juventud sin vínculos. No tener sobrecarga de responsabilidad se ha convertido de repente en un problema de irresponsabilidad. Así que, ya desde otra sociedad y con la conciencia de que vivimos otra historia, conviene recordar la vieja melancolía republicana en un país que salió de la época de los grandes pactos sin firmar un contrato pedagógico. Un país que había perdido la educación.

Para empezar por el principio, es inevitable recordar la voz de Francisco Giner de los Ríos, el santo laico de la España progresista. En una de sus reflexiones más conocidas, «La juventud y el movimiento social» (1870), puede percibirse la dinámica que cen-

tró los ojos históricos de la nación en la promesa pedagógica y en la juventud sobrecargada. Los fracasos de la revolución de 1868 eran ya evidentes. El desencanto y la corrupción no dependían sólo del poder reaccionario, sino de la falta de formación moral de un país descompuesto. No resultaba difícil descubrir los mismos vicios de la política conservadora en la moral de los progresistas. Parecía necesario un cambio de raíz, una regeneración interior que soportase las posteriores transformaciones superficiales. El movimiento social sólo era concebible como un esfuerzo pedagógico que rompiese con las formas huecas de la educación española. Así escribía Francisco Giner: «El estado actual de la enseñanza, privada como las restantes relaciones sociales de casi toda intimidad real y convertida al par de éstas en un oficio exterior y mecánico, que atiende sólo a poblar la memoria o cuando más a aguzar el entendimiento, pero no a formar espíritus rectos y bien sentidos, ayuda eficazmente a tan triste resultado y alimenta un divorcio entre la instrucción y la educación del que no pueden nacer sino los pedantes de nuestras escuelas o los retóricos de nuestra plaza. ¡De cuán otro modo serviría a la Humanidad una enseñanza severa que, lejos de prevenir complaciente con la trivialidad de sus conceptos la pereza del espíritu inculto y darle con postizos adornos una apariencia mentirosa, lo removiese en sus entrañas, lo reconciliase consigo y excitase en él la fuente de la libertad moral, mostrándole con la palabra y el ejemplo cada vez más anchos y bellos horizontes!».

El bello horizonte del pensamiento español, defendido con melancolía de derrota en derrota, aparece condensado en estas preocupaciones de Francisco Giner de los Ríos. Cuando la I República quede cancelada por la Restauración borbónica y Giner de los Ríos sea apartado de su cátedra en la Universidad Central de Madrid, buscará una alternativa pedagógica con la creación de la Institución Libre de Enseñanza. Dotar a la educación de intimidad real, es decir, responder a las exigencias de la España real a la hora de formar conciencias, será el espíritu de la Institución, heredado después por la Residencia de Estudiantes. El peso de Giner de los Ríos en la cultura española no se debe tanto a su genialidad personal, sino a la situación histórica de España que, condenada a un atraso inaceptable, debía buscar en la reconquista

del contrato pedagógico sus ilusiones de futuro. Muchos años después, ante los altos edificios de Nueva York, envuelto por una ciudad desbordada, Juan Ramón Jiménez recordará su deuda con Francisco Giner y meditará sobre el «Límite del progreso o la debida proporción»: «Pero lo importante del progreso en continuidad es que lo sea en continua ascensión interior; que la técnica lleve dentro una moralidad, moralidad en el estricto sentido intelectual de la palabra, no en el juzgado a lo divino falso».

No tardó Antonio Machado en reconocer su estirpe familiar y sus deudas con la moral pedagógica del pedagogo. Era la forma de preocuparse por la sociedad española desde una perspectiva progresista. En el poema recogido en los «Elogios» de *Campos de Castilla*, «A don Francisco Giner de los Ríos», es precisamente la *luz*, horizonte de ilustración, la que da al poeta la noticia de la muerte del pedagogo. Y se la da de un modo especial, porque lo que se echa en falta es el trabajo del maestro, su madrugar austero que ha procurado durante años un nuevo «florecer de España», oponiéndose a la retórica oficial y hueca de los valores patrios:

Como se fue el maestro,
la luz de esta mañana
me dijo: Van tres días
que mi hermano Francisco no trabaja.
¿Murió?... Sólo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.
Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan;
lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques sonad; enmudeced campanas!

Un verso fuerte cierra la estrofa: «¡Yunques sonad; enmudeced campanas!». De poco sirve el funeral católico en este caso, porque